

## HERIDA POR FUERA, CURACIÓN POR DENTRO

La vida de ambos se iba obscureciendo por grados.

No les quedaba ya más que una distracción, que en otro tiempo había sido su felicidad: llevar pan á los que tenían hambre; vestido á los que tenían frío. En estas visitas á los pobres, en que Cosette acompañaba á su padre con frecuencia, hallaban algún resto de su antigua expansión; y, á veces, cuando el día había sido bueno, cuando habían socorrido muchas miserias, y reanimado y vuelto el calor á muchos pequeñuelos, Cosette estaba un poco alegre por la noche. En esta época fué cuando hicieron la visita al zaquizamí de Jondrette.

Al día siguiente de esta visita, Juan Valjean se presentó en el pabellón, tranquilo, como siempre, pero con una ancha herida en el brazo izquierdo, muy inflamada, muy materiosa, que parecía una quemadura, y que explicó de cualquier manera. Esta herida le tuvo más de un mes con calentura y sin salir de casa; no quiso ver á ningún médico, y cuando Cosette le instaba, le decía:—Llama al médico de los perros.

Cosette le hacía la cura por mañana y tarde de un

modo tan celestial, y manifestando tal júbilo por serle útil, que Juan Valjean sentía renacer toda su antigua alegría y disiparse sus temores y su ansiedad, y contemplaba á Cosette, diciendo:—¡Oh, bendita herida! ¡Oh, bendito mal!

Cosette, viendo enfermo á su padre, había abandonado el pabellón y había vuelto á tomar afición á la casita y al traspatio. Pasaba casi todo el día al lado de Juan Valjean y le leía los libros que quería, casi siempre libros de viajes. Juan Valjean renacía; su felicidad revivía con rayos inefables; el Luxemburgo, el rondador desconocido, la frialdad de Cosette, todas estas nubes de su alma se disipaban. Y concluía por decirse:—Todo es ilusión mía; soy un viejo loco.

Su felicidad era tal, que el horrible encuentro de los Thenardier, acaecido en el chiribitil de Jondrette, encuentro tan inesperado, había pasado por él como un soplo que se desliza. Había conseguido escapar; su pista estaba perdida. ¿Qué le importaba lo demás? Sólo pensaba en esto para compadecer á aquellos miserables.

Estaban ya en prisión y, por lo tanto, imposibilitados de hacer daño, pensaba; pero ¡qué lástima de familia en la desgracia!

En cuanto á la repugnante visión de la barrera del Maine, Cosette no había vuelto á hablar de ella.

En el convento, sor Santa Mectilde había enseñado la música á Cosette. Cosette tenía la voz de una avecilla con alma; y algunas noches, en el humilde cuarto del herido, cantaba tristes canciones, que agradaban á Juan Valjean.

Llegaba la primavera; el jardín estaba tan admirable en esta estación, que Juan Valjean dijo á Cosette:—No bajas nunca: quiero que pasees por él.—Como queráis, padre,—contestó Cosette.

Y por obedecer á su padre volvió á pasear por el

jardín, casi siempre sola, porque, como hemos dicho, Juan Valjean, que probablemente temía ser visto por la verja, no paseaba casi nunca.

La herida había sido una diversión.

Cuando Cosette vió que su padre padecía menos y que se iba curando, y parecía feliz, sintió una alegría que apenas echó de ver; tan dulce y naturalmente se presentaba.

Era el mes de marzo, crecían los días, desaparecía el invierno, que se lleva siempre consigo alguna parte de nuestra tristeza; vino después abril, esa aurora del estío, fresca como toda aurora, alegre como la infancia, llorosa alguna vez como un niño recién nacido.

La naturaleza en este mes tiene resplandores llenos de atractivo, que pasan del cielo, de las nubes, de los árboles, de las praderas, de las flores al corazón del hombre.

Cosette era muy joven aún para que esta alegría de abril, semejante á ella, no la penetrase. La noche fué desapareciendo de su espíritu insensiblemente y sin sospecharlo. En la primavera hay claridad en las almas tristes, así como al mediodía hay claridad en los sótanos.

Cosette no estaba ya triste, por más que no pudiese explicarlo.

Por la mañana, hacia las diez, después de almorzar, cuando había conseguido llevar á su padre un cuarto de hora al jardín, y le paseaba al sol por delante de la escalera, sosteniéndole el brazo malo, no conocía que reía á cada instante y que era feliz.

Juan Valjean, satisfecho, la veía volverse sonrosada y fresca.

—¡Oh, bendita herida!—repetía en su interior.

Estaba agradecido á los Thenardier.

Curada que fué su herida, había vuelto á sus paseos solitarios y crepusculares.

Sería un error creer que se puede pasear de este modo, solo, por las regiones menos habitadas de París, sin encontrar alguna aventura.

## II

DE CÓMO LA TÍA PLUTARCO  
NO ENCONTRABA DIFICULTADES PARA EXPLICAR  
UN FENÓMENO

Una noche el niño Gavroche no había comido y recordó que tampoco había cenado el día anterior, lo que era ya muy pesado. Tomó, pues, la resolución de buscar algún medio de cenar. Fuese á dar vueltas más allá de la Salpêtrière, por los sitios desiertos, donde se encuentran las albricias; por donde no hay un alma suele encontrarse algo, y así llegó hasta unas casuchas que le parecieron ser el pueblecillo de Austerlitz.

En una de sus anteriores excursiones había visto allí un viejo jardín, frecuentado por un anciano y una anciana, y que tenía un regular manzano. Al lado del manzano había una especie de frutera mal cerrada, de donde se podía coger una manzana. Una manzana es una cena; una manzana es la vida. Lo que perdió á Adán podía salvar á Gavroche. El jardín daba á una callejuela solitaria sin empedrar y costeadada de malezas que esperaban se hiciesen casas, y estaba separada de los edificios por un seto.

Gavroche se dirigió hacia el jardín; encontró la callejuela, reconoció el manzano, identificó la frute-